

puestos en las manos de Dios, se multiplican con la bendición y adquieren una maravillosa virtud, y no sólo bastan para satisfacer los deseos del hombre, sino que, llenado ese objeto, todavía queda pan sobrante. De la misma manera el agua, el pan, el vino, el aceite, materias todas de los sacramentos, son inca-

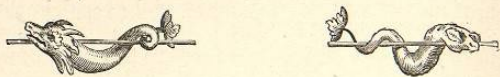


Lámina 61.—El pez asado, figura de Jesús crucificado.—Fresco de las Catacumbas, en el cementerio de la vía Ardeatina.

paces por sí mismas de causar ni producir efecto moral alguno; pero la bendición de Jesucristo las comunica la virtud de conferir la gracia, que alimenta y sacia el alma y la llena de fuerza y vida espiritual.

EL CIEGO DE BETSAIDA, CONFESIÓN DE PEDRO, EL TABOR

Los fariseos y los saduceos, aunque eran enemigos entre sí, se hallaban en perfecto acuerdo para hacer guerra á Jesús, siguiendo en esto la costumbre de los sectarios y de los incrédulos; y continuaban buscando los medios de conseguir que el pueblo le perdiese el respeto y la confianza que le tenía, á fin de llegar más fácil y prontamente á quitarle la libertad y la vida. Con ese fin fueron juntos adonde Él estaba y le pidieron otra vez un milagro del cielo, á lo que les contestó Jesús que ellos

sabían muy bien juzgar cuándo el cielo anunciaba tempestad ó buen tiempo, pero que su hipocresía les servía de impedimento para saber el tiempo en que vivían y para saber lo que era justo; y esto fué lo mismo que decirles que no querían saber ni ver que era ya llegada la venida del Mesías; y dando un gran suspiro, Jesús declaró de nuevo que aquella raza perversa no lograría otro prodigio que el de Jonás, Profeta, y seguidamente les dejó.

Se volvió Él á Betsaida, en donde curó á un ciego, con la circunstancia de que, en vez de haber sido instantánea la curación, la hizo paulatinamente y como por grados. Tomó Jesús por la mano al ciego, le llevó fuera de la aldea, le humedeció con saliva los ojos, le impuso sus sagradas manos y le preguntó si veía alguna cosa. El ciego contestó que veía á los hombres andar, que le parecían árboles. Entonces Jesús le puso nuevamente sus manos sobre los ojos, y al momento el ciego vió perfectamente y quedó curado; y Jesús le despidió para que se fuera á su casa.

Todas esas circunstancias son muy instructivas y altamente útiles para los encargados de anunciar la palabra divina y para los ministros del Evangelio. El Salvador, dice el venerable Beda, toma la mano del ciego á fin de hacerle apto y capaz de practicar algunas obras; le conduce fuera de la ciudad, porque el hombre separado del mundo y del ruido de los negocios seculares medita mejor y con mayor fruto la doctrina revelada, y también porque todo aquel que desee estar ilustrado y alumbrado

do con las luces sobrenaturales, debe imitar al Señor y seguirle al desierto y á la soledad. Si Jesús curó al ciego con una sola palabra salida de sus benditos labios, como pudo muy bien hacerlo, fué para demostrar la profundidad de nuestra ceguedad y de nuestros extravíos, y para que los sacerdotes aprendan á no desanimarse en su celo ni á desesperar, sino á redoblar sus esfuerzos y el ejercicio de la oración y de la paciencia, cuando ven que el alma pecadora é ignorante marcha muy lentamente y por grados casi insensibles hacia la verdad y la virtud. También quiso el Señor emplear juntamente con la saliva la imposición de las manos, porque esa es su providencia ordinaria para con los hombres, enseñándoles siempre de dos maneras: una por los dones invisibles del Espíritu Santo, y otra por el sacramento visible de su Encarnación.

No tardó Jesús en poner á prueba la fe de sus Apóstoles, pues, hallándose en el camino de Cesárea, les preguntó repentinamente qué era lo que se decía acerca del Hijo del Hombre, y ellos contestaron que había algunas personas que pensaban que era Juan Bautista, otras que Elías, y había quien creía que era Jeremías ó alguno de los Profetas de la antigua Ley que había resucitado. Entonces Jesús preguntó : «*Y vosotros ¿qué es lo que decís?*» Simon Pedro le respondió : «*Vos sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo.*» Tan luego como oyó el Salvador esa confesión tan explícita y terminante, le dijo : «*Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque no es la carne ni la sangre*

suficientes para saciar el hambre de tanta gente, porque la eficacia de su bendición las había multiplicado, y todavía después de haberse alimentado cada uno hasta saciarse, quedó comida sobrante, porque Dios da siempre con mano generosa en abundancia, y además porque ha querido se tenga por ley y por verdad que la limosna no arruina jamás al que la hace y distribuye, sino que, al contrario, frecuentemente centuplica los bienes del donante.

Esa es la ciencia de la economía social del Evangelio, que, como se ve, consiste en inspirar antes que todo á los pueblos el temor y amor de Dios y de lo que Él enseña ó de Él viene; en constituir y establecer en bases sólidas el orden entre ellos y darles legítimos pastores y jefes probos que les dirijan; en enseñarles á despreciar la detestable pasión de la avaricia y de la ambición, que les hace insaciables é inquietos; en dirigir preces humildes á Dios, á fin de que derrame su celestial bendición sobre sus trabajos y sobre las riquezas materiales que sean necesarias para la vida temporal y para la consecución de la bienaventuranza, y, finalmente, en tener tanto respeto á los principios de justicia y tanto temor á Dios, que nos ha de juzgar, que los pueblos estén dispuestos á perderlo todo y á imponerse todo género de sacrificios y privaciones antes que quebrantar un solo precepto de su santa Ley. Quizá se mirará por algunos con desdén y desprecio esta economía del Evangelio; podemos contestarles que está claramente abierto el profundo

abismo del pauperismo en medio de la sociedad, y que si, para remedio de ese mal tan inmenso, se desecha la solución económica que nos ofrece la Biblia, necesario es que acepten el comunismo, el nihilismo y la disolución y completa liquidación social.

El sentido místico que encierran los dos milagros de la mul-

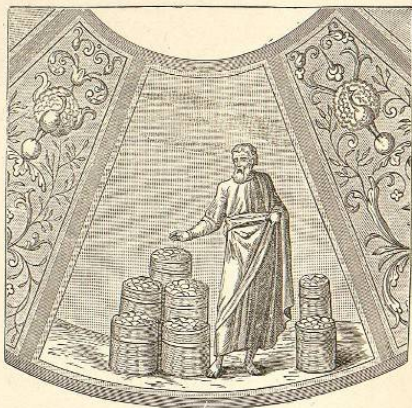


Lámina 60.—Segunda multiplicación de los panes. Las siete canastas que se llenaron después que quedaron saciados los cinco mil hombres son figura de la multiplicación del pan eucarístico.—Fresco de las Catacumbas, en el cementerio de la v'a Ardeatina.

tiplicación de los panes, como se ve también en otros actos de la vida de Jesús, es el cumplimiento de la Ley por la institución de la Eucaristía y por el ministerio sagrado de la Iglesia. «*Tengo compasión de este pueblo*, dijo Jesús antes del primer milagro; *ellos no tienen que comer, y, si se les despide en ayunas, desfallecerán en el camino, porque muchos de ellos han venido*

de puntos muy distantes.» Además, se dice que Jesús les miró con compasión, porque les consideraba errantes y como rebaño que no tiene pastor; y habiendo venido Jesucristo á este mundo para alimentarles y para darles pastores celosos que les gobiernen, Él quiso ser al mismo tiempo su alimento supremo y eterno y su eterno y supremo pastor.

En el primer milagro fueron alimentados cinco mil hombres, todos de aquellas cercanías, y ese número es precisamente el de los que habían más tarde de convertirse con la segunda predicación de San Pedro, y que serían todos judíos. En el segundo milagro se alimentaron cuatro mil hombres que habían ido allí de muy lejos, y por este número de cuatro mil se da ya una figura de la conversión de los gentiles, los cuales debían venir al seno de la Iglesia de todos los puntos de la tierra, ó, como dice la Sagrada Escritura, de los cuatro vientos.

La primera vez fueron los Apóstoles quienes se acordaron de la necesidad en que estaba la multitud; pero pensaron en ella sólo para despedirla, á fin de que cada uno, según pudiera, buscara con qué alimentarse; y aquí está perfectamente retratado el carácter del sacerdocio judío, que no tenía nada que dar á los extranjeros, y muy poca cosa á los suyos. Sin embargo, ese deseo de despedirles indica ya algún cuidado por su bien, y también los Patriarcas y los Profetas pedían á Dios por el pueblo de Israel. La segunda vez no sucedió así, pues, aunque la multitud estaba allí hacía mucho tiempo y el desierto era más

árido, ninguno pensó en que pudieran tener hambre, y sólo Jesús fué quien se ocupó de esa necesidad y quien se compadeció de los que allí estaban, dirigiendo sobre ellos una mirada de amor y causándole compasión el que se fuesen de allí sin tomar alimento, por temor de que desfalleciesen en el camino.

En el primer milagro había cinco panes de cebada y en el segundo siete de trigo; y los Evangelistas, al referir esos prodigios, se contentaron con decir sencillamente que el Salvador había saciado con muy poco alimento á todo un numeroso pueblo, habiendo tenido gran cuidado en hacer notar con exactitud el número y la calidad de los panes, porque esas circunstancias envuelven un misterio.

Efectivamente, los cinco panes del primer milagro significan los ritos de la Ley antigua, contenida en los cinco libros de Moisés, de los cuales el pueblo judío tomaba su alimento espiritual; y los siete panes del segundo milagro son figura de la Ley evangélica, en la cual se distribuye la gracia *septiforme* del Espíritu Santo á todos los fieles por medio de la predicación evangélica y de los siete sacramentos; y éstos particularmente, que fueron instituídos por Jesucristo para alimentar los fieles durante su viaje hacia la eternidad, estaban prefigurados y representados por los siete panes de trigo, cuya sustancia es la materia del sacramento eucarístico.

El mismo Jesucristo fué ya figurado en el festín, pues el pescado asado que allí se sirvió representaba á Jesucristo des-

se arrojaba ni vencía más que con la oración y el ayuno. Existe sobre este texto de la Escritura una gran exposición del Crisóstomo, el cual dice que nada hay tan poderoso como el hombre que ora como conviene y con las condiciones que debe hacerse la oración, y que aquel que ora y ayuna no tiene necesidad de muchas cosas, porque hay en él dos alas más rápidas que el viento, y es superior á la naturaleza terrestre.

¡Yo creo, Señor; ayúdame en mi incredulidad! ¡Señor, aumentad en nosotros la fe! Estas dos peticiones son trascendentales y van siempre coronadas del triunfo; y cualquiera que medite la primera conocerá al momento la llaga de su alma, y todo aquel que haya sido oído en la segunda vencerá y reinará. Así, la fe de los Apóstoles se iba aumentando conforme ellos lo habían pedido, excepción hecha de todo lo que se refería al misterio de los tormentos y muerte de Jesús, pues por lo mismo que ellos no dudaban de la omnipotencia de su Maestro, como se la había hecho evidente tanta multitud de pobres y enfermos socorridos y curados, esos mismos milagros, repetidos y multiplicados, les hacían más oscuro y difícil de comprender que el Señor pudiese sufrir y morir.

Jesús los guiaba hacia Cafarnaum, cuya población quería Él visitar la última vez. Este viaje fué un verdadero triunfo, porque los pueblos celebraban y honraban sin cesar al Hombre enviado de Dios que curaba todos sus enfermos y gozaba de entero poder sobre los demonios; y Nuestro Señor, en medio de esas de-

mostraciones públicas, dijo á sus discípulos: «*Os advierto para vosotros que grabéis bien en vuestros corazones lo que ahora os anuncio: El Hijo del Hombre debe ser entregado y se le inferirá la muerte; y después de haberle hecho morir, resucitará al tercer día.*»

Como se acercaba el tiempo de los oprobios y afrentas, era muy conveniente ir preparando así los corazones de los discípulos, que estaban naturalmente llenos y como embriagados de tantas maravillas y prodigios como hasta entonces habían visto; y convenía además enseñarles por medio de estas predicciones reiteradas que la pasión y muerte del Hijo de Dios serían enteramente voluntarias, puesto que Aquel que había podido preverlas y profetizarlas podía asimismo evitarlas. Mas ellos no comprendían aún todo esto, y semejante lenguaje les llenaba de desaliento y desconsuelo, porque en él veían lastimada y frustrada su ambición, y no ménos herido también el amor que tenían á su Maestro; y colocados en esa situación, dividido y fluctuante su corazón entre la esperanza y el temor, no se atrevieron á preguntar más sobre el particular.

Los Evangelistas no refieren que hiciera Jesús más que un solo milagro durante esta última residencia en Cafarnaum, y en él resplandece igualmente el poder del Hijo de Dios y la humildad del Hijo de María.

Los cobradores del didracma, tasa que estaba impuesta para el sostenimiento del Templo, se informaron de Pedro so-

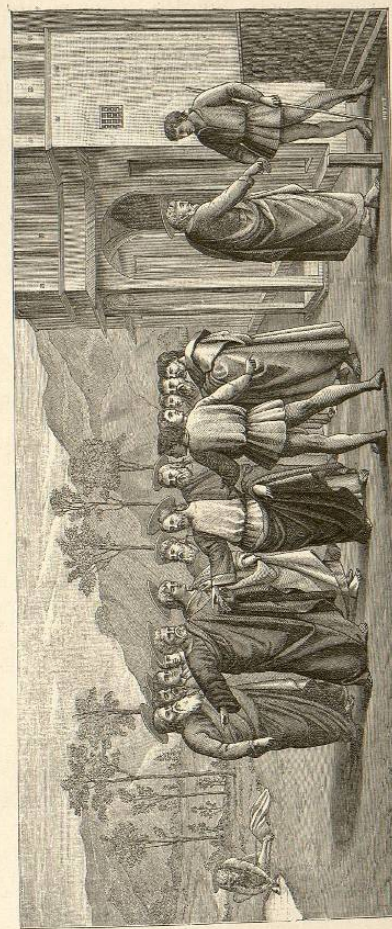


Lámina 63.—Jesús dijo á San Pedro que pagase el tributo. A la izquierda está el Apóstol cumpliendo la orden de Jesús y sacando cuatro dracmas de la boca de un pescado; á la derecha está dándoseles al cobrador de los impuestos.—Fresco de Mateo, en la iglesia del Carmen, de Florencia, y data del siglo XV.

bre si su Maestro pagaba el impuesto, y Pedro al momento fué á Jesús para advertírselo; pero Nuestro Señor se anticipó á ese aviso, preguntándole de quién exigían tributo los reyes de la tierra, si era de sus hijos ó de los extranjeros, y Pedro respondió que de los extranjeros. «*Luego los hijos*, replicó Jesús, *están exentos de él. Sin embargo, añadió, para no escandalizarles, vé á echar el anzuelo, y el primer pescado que se presente cógele, y en su boca encontrarás una moneda de valor de cuatro dracmas. Dásela al cobrador por mí y por ti.*»

Como observa Orígenes, no llevaba Jesús la imagen ó moneda del César, porque no tenía que ver nada con él Aquel que es Príncipe y soberano Señor de todo el mundo; y por eso sacó del mar la moneda con que pagó el tributo, y no de lo que Él poseía; y al resolverse á pagar, hizo constar antes que cumplía con la ley sin estar obligado á ella, y de ese modo, tan prudente como edificante, no escandalizó á los empleados en la cobranza del impuesto, y enseñó á sus discípulos la libertad y el derecho de exención de que gozaba respecto del César.

Todas estas pruebas y nuevos testimonios de la Divinidad hacían olvidar á los Apóstoles los temores que debían concebir; y salió de entre ellos una pregunta para saber quién era allí el mayor. Conociendo Jesús sus intenciones, les preguntó un poco después sobre qué habían ellos disputado, y no se atrevieron á responderle, porque comprendían que Él reprobaría su ambición. Entonces Jesús les dijo: «*Si alguno quiere ser el primero*

entre vosotros, que sea el último y el servidor de todos.» Y tomando un niño que tenía cerca de sí, le colocó en medio de ellos é hizo un glorioso elogio del candor y de la humildad de la infancia, añadiendo: «*Cualquiera que se haga pequeño como un niño, aquel será mayor en el reino de los cielos.*» Y después de esa instrucción tan elocuente sobre la humildad, pasó á hablarles sobre la caridad, y entonces fué cuando les propuso la dulce y hermosa parábola del pastor que deja todo el rebaño sobre la montaña y se va en busca de la oveja perdida; y allí fué donde también les dió el adorable precepto de no rehusar jamás el perdón á nadie.

Con la intimidad que había entre los Apóstoles y discípulos, todos los cuales le amaban y trataban como un buen padre, Jesús permitía que le preguntasen y le interrogasen con frecuencia; y así Pedro le dijo: «*¿Cuántas veces deberé yo perdonar á uno de mis hermanos que me haya ofendido? ¿Acaso hasta siete veces?*» Y Jesús respondió: «*Yo no te digo que solamente le perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.*» Lo que es lo mismo que decir siempre y por siempre; y no sin un fin particular fué pronunciada una afirmación tan soberana y decisiva á la pregunta de Pedro, porque, estando éste destinado á ser el Pastor y Jefe supremo de la Iglesia, debía ser el incansable dispensador del perdón.